



Soldados y bomberos chilenos sacan el cadáver del Presidente Allende del palacio de La Moneda.

VIENTIDOS de agosto de 1973. Los generales del Estado Mayor del Ejército, reunidos en consejo, deliberan sobre la petición de su comandante en jefe —Carlos Prats— de que condenen los insultos de que ha sido víctima la esposa por las esposas de algunos de ellos. Algunos de los presentes se niegan, mientras otros se solidarizan con Prats. Entre los segundos se encuentran los generales Sepúlveda Squella —jefe de la II División y de la Guarnición de Santiago—, Pickering —jefe de los Institutos Militares de la capital—, Urbina —inspector general—, Brady —director de la Academia de Guerra— y también Pinochet —jefe del Estado Mayor—, que juega su papel. Prats sufre el vértigo de vislumbrar la división del Ejército si intenta imponer el respeto de su autoridad.

Allende quiere percibir directamente el estado de ánimo en el Alto Mando, y esa misma noche invita a comer a los generales considerados de mayor confianza. En el transcurso de la reunión, Sepúlveda declara que la afrenta al honor militar de que ha sido objeto el comandante en jefe le impide continuar en el Ejército, y que va a presentar su expediente de retiro el día siguiente. Brady, que siempre ha posado como el más allendista de los generales, sostiene que el reemplazo de Prats es conveniente para que la Institución siga cohesionada, se refuerce la disciplina y se evite la guerra civil que tanto preocupa al Presidente. Pick-

Chile: II aniversario

ASI CAYO ALLENDE

ring escucha en silencio, no habla, se siente indispuerto y debe ser trasladado a su casa. Al día siguiente abandona también el servicio activo, en solidaridad con Prats.

Son las horas en que el fiel de la delicada balanza militar se desliza del lado contrario al Gobierno.

rá el mantenimiento de su unidad tras el Gobierno. Recomienda a Allende que designe en su lugar a quien ha estado durante años a su sombra, el general en quien mayor confianza podía tener para mantener la disciplina del Ejército: Augusto Pinochet.

Joan E. Garcés (*)

El 23, a mediodía, Carlos Prats acude al palacio de La Moneda a confirmar su renuncia indeclinable al Ministerio de Defensa y a la Comandancia en Jefe del Ejército. No quiere dividir a las Fuerzas Armadas, y cree que su partida facilita-

La hora de Pinochet ha llegado. Sus reiteradas pruebas de identificación con la doctrina militar tradicional, defendida por sus predecesores Schneider y Prats, engaña a quienes están a su lado. Sepúlveda Squella es reemplazado por

(*) Este texto es una versión extractada del libro «Allende y la experiencia chilena», de Joan E. Garcés, asesor político del Presidente Allende, que será publicado próximamente por Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, de París.

Brady en el puesto de jefe de la Segunda División y de la Guarnición de Santiago. Pickering lo es por Benavides. Es el relevo que esperaban en la sombra ciertos intereses.

El viernes 7 de septiembre, al atardecer, llegan a Santiago noticias de movimientos anormales en la base naval de Valparaíso, la segunda ciudad del país. Pinochet, junto a otros oficiales, se traslada en helicóptero a ella. Es el día que parece se convino la fecha del golpe de Estado: el viernes siguiente, día 14. La noche del viernes 7, el Presidente Allende era el invitado de honor de la comida que el Alto Mando y la oficialidad de Carabineros de la capital celebraban en la Escuela de Suboficiales. Es la misma noche en que el general Prats se reúne con el ministro de Defensa y le hace partícipe de su temor de que una sublevación puede producirse antes del jueves de la semana siguiente.

Prats entiende que sólo la democracia cristiana tiene a esas alturas la facultad de detener el golpe, y en particular Eduardo Frei, presidente del Senado. El sector militar contrario al «putsch» se encuentra cercado por el aglutinamiento, en torno de la oficialidad vinculada a la democracia cristiana, de las presiones de la extrema derecha en favor del derrocamiento del Gobierno, y que hasta entonces han fracasado una y otra vez. «Se acaba de romper así el equilibrio interno de las Fuerzas Armadas. Pero los generales que la democracia cristiana manipula son Bonilla y Arellano»

ASI CAYO ALLENDE

no (1), que no ocupan ningún puesto clave ni tienen comando de tropas. Prats tiene sospechas respecto de las guarniciones del Sur, en particular de los generales Carrasco, jefe de la División de Concepción, y Bravo, jefe de la División de Valdivia. Pero no duda que el comandante en jefe es ajeno al complot.

El síndrome de la desestabilización de la sociedad chilena que informaba el plan del golpe de Estado de la ITT, la CIA y la derecha chilena en 1970, había fracasado entonces, pero había terminado por encontrarse reunido tres años después.

Allende y Prats se encuentran por última vez

La tarde del sábado 8, Allende está persuadido de que el riesgo de una sublevación parcial es inminente. Ha convocado a su anterior comandante en jefe y, desde las catorce hasta las veinte horas, está reunido con él. Prats piensa que una gran traición se prepara para antes de diez días. El propio Pinochet ha venido insistiendo ante el Presidente a lo largo de la semana que se observaban síntomas inquietantes. Pero el general Prats no sospecha de su sucesor al frente del Ejército. La víspera aún, Pinochet ha tenido la atención de dirigirle una carta para reafirmarle su resuelta decisión de mantener la disciplina y defender el Gobierno constitucional. Pero Prats está inquieto por los indicios que llegan hasta su lugar de retiro. Incluso teme que atenten contra su vida. En un momento de la conversación, Allende menciona que va a convocar un referéndum la semana siguiente. Prats opina que ya es demasiado tarde para ello.

—¿Qué propone, entonces, general?

—Una tregua, Presidente. Pida usted la autorización del Senado y salga del país durante un año.

Juzga el jefe militar que esto permitiría moderar el agudo conflicto social. Es una apreciación semejante a la que tuvo el 22 de agosto, al creer que la personalización en un individuo de los dilemas colectivos puede hacer que la desaparición del primero resuelva los segundos, llevándole a aceptar la ilusión de que su alejamiento del Ejército satisfaría las exigencias de sus adversarios y contribuiría a conservar su unidad tras el Gobierno. Cuando en realidad facilitaba la unidad de acción de los conjurados.

La reacción de Allende fue tajante:

—Abandonar yo el país en las

presentes circunstancias, eso jamás [...].

Prats cambió el tema de conversación por temor a ser interpretado como que estaba presionándole a dimitir. En un momento dado, Allende interrumpió la reunión para pedir a su secretaria que convocara para el mediodía siguiente, en Tomás Moro, a los generales Pinochet y Urbina «vestidos de civil». Terminada la conversación con Prats (2), la última que debía tener lugar entre ambos, convocó a la Comisión Política del Partido Comunista a las 10,30 de la mañana siguiente. El Partido Comunista y el Ejército. Por este orden. La fuerza obrera más organizada y la fuerza militar determinante, diferenciadas y vigilantes una de otra, pero reunidas alrededor de la autoridad representativa del Estado y del movimiento popular en su conjunto. Este es el triángulo de fuerza sobre el que se había apoyado el Gobierno entre 1970 y 1973, cuya fractura constituía el objetivo mayor de la oposición. El nexo de articulación entre las dos fuerzas, el Presidente de la República, va a hacer un nuevo esfuerzo el domingo 9 de septiembre para mantenerlas unidas y evitar la guerra civil.

El domingo 9 de septiembre

Ante los dirigentes del Partido Comunista, Allende describe la situación en términos de extrema gravedad. Hace tres meses que intenta persuadir a la Unidad Popular de la necesidad de convocar un referéndum para que el país resolviera pacífica y democráticamente el camino a seguir, pero ningún partido de la U. P. respalda la proposición presidencial. Esta vez exhorta en particular al Partido Comunista para que acepte una iniciativa que, a su juicio, no puede postergarse más y que, por último, está dispuesto a lanzar de inmediato. La dirección comunista conviene en entregar por escrito al día siguiente su posición sobre el contenido y alcance de una consulta electoral extraordinaria.

En las circunstancias de aquel mes de septiembre, en medio de la parálisis de las instituciones políticas del Estado, la apelación a las urnas no sólo requería su aceptación por al menos un sector de la Unidad Popular —como en años anteriores—, sino además un apoyo complementario que no se daba con tanta imperatividad apenas tres meses antes: la disposición explícitamente comprometida de las Fuerzas Armadas de respaldar las elecciones y hacer respetar su desenlace. La crisis social de las instituciones civiles del Estado había dejado éstas a merced de las militares. En función de este imperativo fueron convocados aquel mediodía a la residencia presiden-

cial el comandante en jefe y el inspector general del Ejército. En este postrer encuentro se decidió la suerte final del Gobierno de la Unidad Popular y del sistema político del que era parte integrante.

La conversación giró en torno de la situación dentro de las Fuerzas Armadas, de las huelgas y de las medidas en curso para su superación. Pinochet reiteró el cuadro que venía describiendo desde el 24 de agosto: se observaban síntomas inquietantes por todas partes. Allende, sin mencionar a Prats, contrastó la información de este último con la de Pinochet. Cuando el Presidente dijo:

«En las próximas horas voy a anunciar la convocatoria de un referéndum para que el país resolviera el camino a seguir...», cuál no sería la expresión de asombro en los rostros de Pinochet y Urbina que, al día siguiente, Allende se detuvo especialmente en describirnos esta escena:

—Los ojos se les pusieron redondos, y Pinochet preguntó: «Pero, Presidente, ¿es una resolución ya definitiva y firme la de llamar a un referéndum?».

—Sí, general; está resuelto.

—Eso cambia toda la situación, Presidente. Va a ser posible resolver el conflicto con el Parlamento, y esto despeja la tensión [...].

Salido de la residencia de Tomás Moro, Pinochet siente que sus planes pueden verse perturbados: «Nuestra planificación quedó terminada y prácticamente lista para actuar el 14 de septiembre (pero) tenía que tener un punto de desborde, vale decir, que sin causar alarma nosotros pasáramos de la paz a la guerra. O sea, pasar del ambiente normal a la forma agresiva sin que esto se difundiera...», antes no teníamos cómo hacer sin quedar descubiertos», explicaría más tarde a la revista *Vea*, de Santiago. Es decir, contaba con la presencia de un hecho anormal de envergadura tal que permitiera a los dirigentes de la conspiración arrastrar al conjunto de las Fuerzas Armadas contra las organizaciones obreras. En mi opinión, el desbordamiento que se estaba buscando era el del propio Gobierno por parte de los trabajadores, alguna modalidad de acción de fuerza que hiciera aparecer a la U. P. como abriendo el fuego, o alguna provocación de magnitud, de modo que la oficialidad resultara galvanizada en el momento y la sublevación legitimada por años. Pero esto no llegó a ocurrir nunca, dejando la responsabilidad del desencadenamiento de la violencia del lado que tenía la iniciativa militar.

La convocatoria de un referéndum en la semana que comenzaba el 10 de septiembre, abría una perspectiva electoral, no de violencias. Cabe comprender el apresuramiento de Pinochet. La misma tarde del domingo se reúne con el jefe de la Aviación, Leigh, y un enviado de algunos almirantes de Valparaíso que después, declararían: «Allí... se hace un amplio y franco estudio de

la situación. El Ejército estaba preparado para actuar el 14 de septiembre, con ocasión de la parada preparatoria (de la fiesta nacional), pues en ese momento no despertaban sospechas los movimientos de tropas» (3).

En las mismas horas que tal reunión tenía lugar en casa del comandante en jefe del Ejército, Allende se hallaba reunido con el almirante Poblete, a quien había hecho venir también desde Valparaíso y que no aparecía comprometido en la conspiración (4). La Escuadra se negaba a llevar anclas para iniciar las maniobras conjuntas con unidades de la Marina de guerra de Estados Unidos, que se encontraban en aguas chilenas por aquellos días... precisamente.

Pinochet quiere evitar que el país tenga conocimiento de la convocatoria de un referéndum. Sus contertulios proponen no esperar hasta el 14, sino avanzar la insurrección para la mañana siguiente, lunes 10. Lo que plantea problemas, ya que las fuerzas de orden —Carabineros—, la primera fuerza de fuego en el país, tienen prácticamente a todo el Alto Mando leal al Gobierno. Y sin Carabineros —el equivalente de la Guardia Civil y la Policía Armada en España—, la sublevación militar puede derivar en la división interna de las Fuerzas Armadas y en el fracaso del «putsch», pues Carabineros podía contar con el respaldo de los poderosos sindicatos organizados en la Central Única de Trabajadores. Por otro lado, explica el general Arellano:

«In the Army many of the officers and men do not report for duty until 07.00 or 07.30 hours in the morning. To accomplish what we needed to do, we had to have them ready to move before that. So we set "D" Day for Tuesday, sept. 11, and kept the troops ready in the barracks overnight Monday. "H" Hour for the Navy was 06.00 Tuesday in Valparaíso, and 07.30 for us here in Santiago. Allende was having an open struggle with the Navy, and the difference in time was intended to distract him into thinking he had only a small naval rebellion on his hands» (5).

¿Por qué el anuncio de un referéndum provoca tantos afanes, siendo así que, según Leigh, «la Junta no tenía programas económicos preparados, ya que la decisión de derrocar el régimen fue tomada el domingo día 9?» (6).

II. El lunes 10

El lunes 10, poco después de las nueve de la mañana, el ministro de Defensa recibe una llamada telefónica. Es el embajador de Estados

(3) El Mercurio, 11 de septiembre de 1974.

(4) Detenido en el momento del golpe de Estado y pasado a retiro posteriormente.

(5) Declaraciones al *Miami Herald*, 18 de febrero de 1974.

(6) Declaraciones ante la prensa extranjera, según el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, 23 de septiembre de 1973.



En su última alocución radifónica, Salvador Allende fijó su posición: «Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a este país. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra, rota la doctrina de las Fuerzas Armadas».

Unidos, Nataniel Davis, quien en el tono más cordial le anuncia que en los días próximos iba a ir a Washington y quería saludarlo antes de partir. En realidad, es una llamada de sondeo, pues Davis acaba de retornar la víspera de reunirse con Kissinger en Washington, adonde había viajado de modo imprevisto el viernes día 7. Pero esto último, naturalmente, no lo dice al ministro Letelier. Es, igualmente, una especie de coartada ante el eventual fracaso de la insurrección inminente, pues el Gobierno norteamericano ha reconocido estar en conocimiento del golpe antes del día 11. Y la Embajada USA de Santiago sabía la víspera que éste iba a tener lugar (7), según afirmó posteriormente un portavoz de la Casa Blanca.

A las diez de la mañana es Pinochet quien ingresa en el gabinete del ministro de Defensa, y durante dos horas informa a Letelier sobre los temas del día que le preocupaban. He aquí un resumen de los últimos planteamientos del comandante en jefe del Ejército:

— Al día siguiente entregaría un memorándum sobre el material que, en su opinión, convenía ser adquirido en Estados Unidos, y otro sobre el que correspondería encarar a la Unión Soviética. Entre la

oficialidad no se observaba, según su apreciación, mucha aceptación para el equipamiento procedente de la URSS, pero tampoco resistencia.

— Era de la opinión que oficiales del Ejército soviético vinieran a Chile a adiestrar al personal chileno.

— El proceso ante la Justicia Militar del comandante que había encabezado el «putsch» del 29 de junio último, estaba siendo acelerado.

— En los días inmediatos iba a dar de baja a los generales Bonilla y Arellano, por este orden, solicitándoles que presentaran su expediente de retiro por desacato al comandante en jefe.

— Se había puesto en contacto con distintas guarniciones, y la situación estaba más tranquila.

— La preparación de la parada militar del día 19 seguía su curso normal, y, según estaba programado, esta vez se efectuaría en forma más sencilla que en años anteriores.

¿Por qué Pinochet se esforzó en mostrar durante casi tres semanas que una insurrección parcial podía estallar en cualquier momento, y bastó el anuncio de la inmediata convocatoria al sufragio universal para que cambiara el sentido de sus planes? Si de desorientar al Gobierno se trataba, la estratagemma del día 14 continuaba siendo válida. Es posible que el sector demo-

cristiano de la conspiración albergara la esperanza de ver a Allende dimitir ante la acumulación de fuerzas adversas que tenía enfrente, la que quedaba frustrada por el anuncio de un referéndum inminente que privaba a los conspiradores de la legitimación de ser «la única salida que tenía el país...». El recurso al referéndum podía dividir el frente civil de la oposición, resquebrajando consecuentemente el frente militar, que tenía los planes listos para el viernes 14. Dos años después, la Junta Militar guarda en el más absoluto secreto que el martes 11 de septiembre Allende iba a pedir un pronunciamiento electoral.

La semana que empieza el 10 de septiembre va a resolver algunos enigmas. En la interrelación entre individuos y masas de fuerza, estas últimas van a arrastrar a los primeros. Pero no estamos ante la demostración de la fatalidad de un drama. Ni las causas del desenlace estaban dadas desde un comienzo, ni las opciones y combinaciones sucesivas que fueron configurando la estructura de la acción colectiva estaban predeterminadas de antemano, ni la posición y suerte de cada grupo o persona iba a ser independiente del papel que voluntariamente había venido asumiendo.

Una y media de la tarde en el palacio de La Moneda. He venido a almorzar con el Presidente de la

República. Al ingresar, encuentro a Olivares. Minutos después entra el ministro de Defensa, quien me dice:

—He leído tu informe sobre la crisis del Estado y la política militar del Gobierno. Está muy bien.

Me sorprendió que lo conociera. Se lo había adosado el viernes anterior a Allende, para reiterar mi disconformidad con la política militar que se venía siguiendo. Desde mi punto de vista, la crisis progresiva del aparato estatal había reducido la legitimidad «institucional» de obediencia de las FF. AA. a la autoridad del Jefe del Estado. La disciplina del Ejército había aparecido rota en junio, y la supremacía del sector militar anti-«putsch» yo entendía que sólo podría mantenerse en la medida que se modificaran algunos criterios tradicionales de acción. El informe recapitulaba algunas de las observaciones que había hecho al respecto desde mayo anterior, subrayaba los indicios de que estábamos ya dentro del golpe y terminaba con la pregunta: «...¿cuántos días le quedan, Presidente?».

Allende llegó minutos después, acompañado del ministro del Interior —Carlos Briones—, de José Tohá —ex ministro de Defensa— y de Sergio Bitar —ex ministro de Minería—.

Nos hallábamos en un salón de decorado heterogéneo. A la izquierda, en un ángulo, sobre una mesa con espejo adosado al muro, se veía un crucifijo tallado en madera de casi un metro de altura. Un gran armario policromo de la misma época se erguía en el ángulo opuesto. Ambos objetos pertenecían al Museo de Arte Colonial. Del lado de la calle Morandé, unían el piso con el techo dos grandes ventanales. En medio de ellos, un sofá de terciopelo granate con dos almohadones en sus costados. Sobre él yacía el cuerpo inánime de Allende a la misma hora del día siguiente. En el muro de enfrente, sobre un diván de terciopelo amarillo, un cuadro representaba el momento de la proclamación de la independencia en la Plaza de Armas el 18 de septiembre de 1810. En el centro, una ancha mesa de mármol, recubierta de libros de arte y poesía.

Es interesante recordar algunos de los temas tratados en el transcurso de aquel almuerzo.

ALLENDE.—He sabido que los aviones DC-8 de la Línea Aérea Nacional se encuentran en la base aérea de Cerrillos.

TOHA.—Está prohibido que los aviones civiles se posen en las bases militares.

ALLENDE.—Le pedí explicaciones al comandante en jefe de la Fuerza Aérea. Me respondió que los habían llevado allí los pilotos que se declararon en huelga el viernes pasado, según Leigh «para protegerlos». Le pregunté de quién trataban de proteger los aviones, ¿del Gobierno acaso? Dice que la Fuerza Aérea no cuenta con pilotos para mantener el servicio regular de pasajeros de los DC-8, pero que en cambio sí los DC-4, que van a ser movilizad

ASI CAYO ALLENDE

para paliar los efectos de la huelga.

Al día siguiente, sin embargo, los aviones de transporte civil eran utilizados para el traslado de tropas y equipamiento militar a lo largo del país, en apoyo de la sublevación. Este era el real sentido de su presencia en Cerrillos. Así, toda la aviación, tanto militar como civil, quedó durante el fin de semana bajo el control de la dirección putschista.

ALLENDE.—La Fuerza Aérea tenía previsto allanar esta tarde tres empresas de Santiago. He dicho a Leigh que suspenda el operativo. He ordenado también suspender los allanamientos en todo el país, mientras se comunica a las autoridades militares un nuevo instructivo sobre el particular. En éste se indicará que la tarea de llevar a cabo los allanamientos corresponde a Carabineros, y que a las Fuerzas Aéreas sólo compete actuar en los casos graves.

TOHA.—En esta última forma se hallaba previsto en el proyecto original de la ley de control de armas de mil novecientos setenta y dos, elaborado conjuntamente por el Gobierno y el Alto Mando de las Fuerzas Aéreas. En el Parlamento, la oposición logró alterar la disposición.

OLIVARES.—Anteanoche, en el desalojo y allanamiento del canal nueve de televisión (8), carabineros trataron con consideración a los trabajadores, sin que se produjera ninguna vejación ni violencia. Muy diferente de lo que ha ocurrido con los allanamientos hechos por los militares.

ALLENDE.—Leigh me decía: «Nosotros no tenemos interés especial en allanar únicamente a los trabajadores. ¿Pero por qué nadie denuncia a los centros de la oposición para que los allanemos también?».

TOHA.—Eso es una argucia (9). Se analizó la evolución de la huelga general de la oposición. Se evocó posteriormente la difusión en Valparaíso, la semana anterior, de volantes impresos por la Marina con mensajes de significado subversivo que terminaba con la frase: «Las FF. AA. son garantía de orden, seguridad y bienestar para todos los chilenos».

LETELIER.—Tengo incoados más de treinta sumarios internos en las Fuerzas Armadas. Entre ellos, contra el capitán Ballas, que participó en la manifestación contra la residencia del general Prats, por las denuncias de torturas de marinos, y también por la difusión de esos panfletos de Valparaíso.

Los trabajadores no contaban con ninguna forma de organización defensiva propia, ni siquiera la que legalmente era posible concebir. Toda la organización militar del Es-

tado se hallaba desvinculada de las fuerzas obreras tres años después de que la U. P. se instalara en el gobierno.

LETELIER.—Si no nos derrocan esta semana, no caemos nunca. Todo lo han venido preparando para que explote ahora.

BRIONES.—Vamos a nombrar de inmediato a Tohá director general de Seguridad, función nueva que tendrá a su cargo la dirección conjunta de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas, Carabineros e Investigaciones. Hay que acabar con el terrorismo.

ALLENDE.—Y si llega el caso, ampliar el plan Hércules.

Eran algunas de las medidas contempladas por el Estado Mayor en previsión de situaciones de emergencia. Preparadas a lo largo de los meses anteriores, en función del curso que tomaban los acontecimientos, plasmaban la voluntad del Gobierno de continuar desbaratando los intentos de ruptura violenta de la convivencia democrática. Estos planes reposaban en el sector militar decisivo, el Ejército, precisamente aquel donde el Gobierno había encontrado mayor respaldo a lo largo de los tres años anteriores. Desde mediados de agosto, el Presidente había hecho reforzar en mil nombres las fuerzas de Carabineros de Santiago, dependientes del Ministerio del Interior. El dispositivo antigolpe que había frustrado las intenciones que se sucedieron a lo largo de todo el período U. P., aparentaba aún encontrarse en condiciones de enfrentar cualquier anomalía. Sin embargo, en los hechos, el carácter no revolucionario del aparato militar impedía a los trabajadores asumir la iniciativa de reprimir la ofensiva burguesa que vivía el país, y, a su vez, el límite de tolerancia de la táctica del contragolpe había sido también superado.

La obra de Pinochet consistió en lograr reconvertir el dispositivo destinado a defender al Gobierno en centro de dirección y apoyo de la insurrección. La centralización de todos los servicios de inteligencia fue efectivamente llevada a cabo, pero cambiándole su naturaleza y subordinándole al propio Pinochet, haciendo de la naciente DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) el instrumento de tortura y muerte de decenas de miles de ciudadanos. Pero el éxito de la operación de Pinochet no se explica sin considerar el hecho decisivo: enfrente del aparato armado del Estado no había ninguna organización con capacidad de resistencia militar.

Ante la ausencia de medios para cambiar la política militar defensiva por la ofensiva, el Gobierno continuaba buscando un acuerdo político que disuadiera al sector militar vinculado a la democracia cristiana de continuar impulsando la insurrección.

En los postres, Allende explica el motivo que le llevó a reunirnos: —Me propongo dirigir al país un mensaje. Les he convocado para

que viéramos la posibilidad de hacerlo esta noche. Ya está dispuesta la red oficial de radio y televisión. Es muy importante, y hay que prepararlo bien (...). Por ello quizá sea más conveniente que hable mañana a mediodía. En cualquier caso, quiero hacerlo antes que se reúna el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana mañana por la tarde. Los demócratas cristianos deben conocer mis planteamientos antes de que empiecen la sesión...

En un momento dado, se dirige al ministro de Defensa:

—¿Qué horas son?... Pasadas las tres. Usted, Orlando, vaya de inmediato al Ministerio de Defensa y asegúrese de que se cumple la orden de suspender los allanamientos de la FACH.

Letelier no espera que sirvan el café. Se despidió y parte.

Al partir, me cruzo con Frida Modak, secretaria de Prensa:

—Vengo de hablar con Belisario Velasco (10). Me ha pedido transmitirle al Presidente un mensaje de parte del senador Renán Fuentealba: que no confíe para nada en el PDC. El único problema de Aylwin consiste en cómo deshacerse de Allende más pronto y con menor costo.

Fuentealba y Velasco forman parte del sector de la democracia cristiana que, en 1970, fue decisivo para hacer fracasar el plan ITT-Klissinger-Frei de provocar un golpe de Estado. Fue el sector que hizo posible que el Parlamento ratificara, el 24 de octubre de aquel año, a Allende como Presidente de la República, salvando así una crisis institucional que desembocaba directamente en la intervención militar. Tres años después no sólo había perdido la dirección del partido, sino que se encontraba impotente para refrenar las ansias contrarrevolucionarias de la derecha democristiana.

Frida Modak me comenta también que días atrás había estado en su casa el general Von Schowen, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, manifestándose predispuesto a aceptar la Comandancia en Jefe de la Aviación —que había rechazado el 17 de agosto anterior—, pero siempre que antes le hubieran limpiado el Alto Mando de muchos indeseables... ».

La última noche en Tomás Moro

Tomás Moro es desde 1970 la residencia oficial del Presidente de la República. En medio de un pequeño jardín, su interior es de hecho una especie de museo. Sus muros están repletos de cuadros, donados en distintas épocas por amigos de la familia Allende: Siqueiros, Portocarrero, Miró, Guayasamín, Matta, Picasso... Uno de los de Siqueiros lleva en la parte

(10) Dirigente nacional del PDC, Renán Fuentealba fue presidente del mismo partido desde finales de 1971 a mayo de 1973, cuando su candidatura fue derrotada por la de Patricio Aylwin.

posterior una dedicatoria, fechada en la cárcel. Junto a la puerta principal, una enorme imagen medio difuminada, en la que destacan con nitidez los ojos y una especie de fusil en la parte inferior. Contemplada desde lejos se identifica al «Che» Guevara. Obra de José Balmes, Allende gustaba comentarla a los generales que llegaban allí, divertido en su interior por la propia escena que ello significaba. En el gabinete de trabajo, en estantes adosados a la pared, se alinea un centenar de huacos precolombinos. Antes de llegar al gabinete, en la biblioteca, fotografías dedicadas de Ho-Chi-Minh y «Che» Guevara, junto a la de Velasco Alvarado con la inscripción «al "chicho" Allende, el "chino" Velasco», con la que el Presidente peruano recordaba los nombres familiares de ambos. Una carta manuscrita del príncipe Sihanouk de Camboya, junto a las fotografías de dos Presidentes chilenos: Arturo Alessandri Palma, restaurador del régimen presidencial en 1925, y Aguirre Cerda, portavoz del Frente Popular en 1938...

Aquella noche, los primeros en llegar somos Olivares y yo. Letelier está terminando en el Ministerio de Defensa una conferencia de prensa sobre la posición del Gobierno en materias de seguridad nacional y en relación con las Fuerzas Armadas, resumiendo la doctrina del Gobierno de la Unidad Popular hacia estas últimas: respeto por su personalidad institucional, mejoramiento de su nivel de preparación y equipamiento profesional, voluntad de acabar con su aislamiento respecto de la sociedad civil, atribución de los medios para evitar el estallido de la guerra civil y el derrumbe de las instituciones democráticas... Es la política que se ha puesto en práctica a lo largo de tres años. Pero ya a estas alturas el contexto socio-político original ha cambiado, y la oficialidad conservadora se halla preocupada tan sólo de asegurar que las organizaciones obreras y el Gobierno no cuenten con respaldo militar orgánico en el momento de la insurrección que se prepara.

Tras la llegada de los ministros de Defensa y del Interior, entró Allende pasadas las 21 horas. Como a las 21,30 llaman desde la secretaria privada, Olivares recibe el mensaje: a La Moneda acaba de llegar la noticia de que dos camiones con tropas han salido de la ciudad de Los Andes en dirección a Santiago.

¿Qué significa ello? Es la hora de cenar. Nos están esperando la señora de Allende —Tencha— e Isabel, su hija, que acaban de retornar de un viaje oficial a México. Tencha comenta que ha recibido varias amenazas de muerte, lo que conduce la conversación hacia el contraste que se observaba entre el uso que la derecha estaba haciendo del terrorismo y de acciones violentas contra el Estado, buscando cambiar la forma de gobierno, mientras que éste se hallaba



Un grupo de rehenes sale del palacio de La Moneda. Llevan todavía las banderas blancas que habían agitado desde los balcones.

atado por la legalidad. Allende responde:

—Tiene usted razón, pero nosotros no podemos romper la legalidad, porque somos precisamente el Gobierno. Siempre hemos luchado en favor de que el respeto por la ley en un Estado democrático corte el paso al despotismo o la arbitrariedad, evitando que los chilenos acaben matándose unos a otros, así como para asegurar a los trabajadores sus conquistas.

Tencha insiste en que los atentados terroristas están haciendo cada día víctimas inocentes: «En los tres últimos meses llevamos un promedio de un acto terrorista cada hora».

Isabel le contesta que «al terrorismo, la Unidad Popular no puede responder con el terrorismo, pues eso sería el caos». Allende hace un gesto afirmativo.

Sin embargo, la legalidad hacia tiempo que era desconocida por la oposición en todo aquello que dejaba de proteger sus intereses. Sólo la conjunción de la fuerza social del movimiento popular, por un lado, y de la disciplina del aparato armado del Estado, por otro, había logrado mantener el imperio de la ley hasta aquella noche. Al día siguiente, sin embargo, la pérdida del control de las instituciones armadas no sólo implicaría la caída del Gobierno, sino la del Estado democrático y su legalidad como for-

ma de organización de la convivencia en la sociedad civil. La violencia sin contrapeso y la arbitrariedad iban a tener franco el camino, hasta que un nuevo poder coercitivo se impusiera al servicio del sector social cuya fuerza armada resultara predominante... La referencia a la Constitución y las leyes como marco de definición del uso de la fuerza del poder y como norma del comportamiento colectivo tenían, aquella noche, su última invocación. Un período se estaba cerrando en la historia del país: el del desarrollo de la socialización del poder mediante la creciente democratización de la sociedad dentro de un Estado de derecho. El estado de guerra —de la burguesía contra los trabajadores, primero, y de éstos contra la burguesía, después— se iniciaba en Chile. Por varias generaciones, probablemente.

Terminada la cena, la última de varios de los presentes, Tencha e Isabel se retiraron, y los restantes nos reunimos en el gabinete de trabajo. Allende comenta que, por fin, la Armada se ha hecho a la mar y ha partido de Valparaíso. Después pasa a considerar la importancia del mensaje a la nación del día siguiente y los temas que debe contemplar:

—Voy a dar el trámite de urgencia a la discusión en el Parlamento de los proyectos legislativos considerados durante las conversa-

ciones con el PDC. El período ordinario de sesiones termina el próximo día quince. Para el veinte de septiembre convocaré a las Cámaras en legislatura extraordinaria, y sólo figurarán en tabla de deliberaciones los mencionados proyectos de ley. Entre los días quince y veinte me reservo la implantación eventual del estado de sitio que hasta la fecha me ha negado el Congreso, según la evolución de los acontecimientos.

«Si en el PDC hay acuerdo sobre los proyectos indicados, de inmediato promulgaré las dos reformas constitucionales que ha aprobado últimamente el Parlamento. Si no hay acuerdo, convocaré un referéndum. Ya le he dicho al ministro de Justicia que prepare el articulado del texto, dándole como coordinadas los criterios que manifesté al presidente del PDC en mi carta del dos de agosto.

«Sobre la convocatoria de un referéndum, el Partido Comunista me ha entregado a mediodía esta carta. Está de acuerdo, así como también en concederme poderes de decisión en los próximos meses, hasta que superemos la presente emergencia. El referéndum despeja la tensión entre los militares. El otro día los generales abrieron los ojos así de grandes cuando les dije que iba a convocar un referéndum al comenzar esta semana...

«Medidas económicas de emergencia para asegurar la realización del Plan de mil novecientos setenta y cuatro. Todos los esfuerzos de producción, organización, dirección y control deben concentrarse en asegurar la disponibilidad de los productos esenciales para la mayoría de la población, garantizando el abastecimiento a precios oficiales. Se requiere incrementar la inversión en un sentido favorable a consolidar la reorientación de la producción en beneficio de los trabajadores, dándoles más oportunidades de empleo productivo en el futuro. Se asegurará el pleno empleo actual. Aquí tengo la síntesis de las medidas concretas que me ha hecho llegar Vuskovic (lee)...

«Las direcciones de los colegios profesionales en paro deben ser desconocidas por los colegiados que trabajan. Medidas de emergencia contra los terroristas, en especial contra el núcleo fascista Patria y Libertad.

Briones señala que «en lo que se refiere a los proyectos legislativos, aquí traigo el acuerdo convenido con la dirección del PDC. Están resueltas las divergencias y están de acuerdo en todo. La democracia cristiana ha dado su conformidad en los términos especificados en estos documentos, así como sobre el modo de promulgar la reforma constitucional de las Arcas de Propiedad».

ASI CAYO ALLENDE

Horas después, el PDC aplaudía y rendía pleitesía a la Junta Militar, guardando silencio sobre estos acuerdos. De haber fracasado la sublevación, no cabe duda que habríamos asistido a las habituales profesiones de fe democristiana de «reafirmación de nuestra inquebrantable voluntad de respetar la legalidad, el régimen institucional, la democracia... y de condenar la violencia, venga de donde venga», al tiempo que habrían esgrimido los acuerdos a que aludía Briones para probar «nuestra voluntad generosa y desinteresada de contribuir a superar la crisis presente». Triste papel el de los democristianos.

La carta de la Comisión Política del Partido Comunista al Presidente mencionaba la convocatoria de elecciones para una Asamblea Constituyente. Allende lee en voz alta la carta firmada por Luis Corvalán: «... "la Asamblea Constituyente sería elegida para introducir reformas limitadas o amplias en la Constitución y, eventualmente, para elaborar un nuevo régimen institucional. Depende de las circunstancias. Funcionaría simultáneamente con el Parlamento ordinario actual...". Este punto debe incluirse en el discurso de mañana».

La hora de los cañones

El país no alcanzaría a conocer esta proposición para reordenar las instituciones del Estado por vías democráticas. La máquina que deseaba impedirlo estaba ya en marcha (11).

Son las 23,00 horas. Suena el teléfono. Responde Augusto Olivares. Se reincorpora a la reunión y dice:

—Es Miriam desde La Moneda. Me ha repetido lo mismo que antes. Que les han llamado diciendo que dos camiones con soldados han salido de Los Andes hacia Santiago, y que el regimiento allí está acuartelado. Hay muchos rumores. Briones bromea:

—¡Ahí están de nuevo los camiones de Augusto!

La sesión de trabajo queda interrumpida. ¿Qué está pasando? Minutos después, el Presidente dice al ministro de Defensa:

—Orlando, por favor, llame al jefe de la guarnición de Santiago y averigüe qué pasa.

Letelier habla con el general Brady, designado jefe de la II División del Ejército en la tercera semana de agosto, tras la dimisión del general Sepúlveda Squella, que prefirió seguir a Prats en su camino al retiro. Brady está aquella noche en su casa.

(11) «We would have acted even if Allende had called a plebiscite or reached a compromise with the political opposition. Nothing could have stop the coup, once general Prats resigned. We were only putting the final touch on the plan», declaración de uno de los oficiales responsables del «putsch» al periodista Jonathan Kandell, *New York Times*, 27 de septiembre de 1973.

—Dice que no sabe nada, que va a informarse. Me ha pedido el número de teléfono para llamarme en quince minutos más. Le he dicho que yo lo haré.

Poco antes de medianoche, Letelier habla de nuevo con Brady:

—Dice que no hay nada de camiones. Se ha puesto en contacto con la guarnición de San Felipe y está todo normal. El acuartelamiento obedece a la preparación de la parada del día diecinueve. Que él se hace cargo de la situación.

A medianoche, alguien telefonea a Letelier. Es Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista.

—Dice lo mismo. Que dos camiones con tropas han salido de Los Andes. Qué hago, ¿llamo al comandante en jefe?

Briones reitera:

—Ahí vuelven los camiones de Augusto...

Era evidente que esta información había ingresado después de las nueve de la noche en el círculo de personas vinculadas al Presidente, y que estaba siendo transmitida de un lugar a otro, retornando al centro, que eran La Moneda y Tomás Moro. En la secretaría privada del palacio presidencial hay una permanencia todas las noches, desde el 29 de junio.

El Presidente responde a la pregunta de Letelier:

—No, no llame a Pinochet. No hace falta. Son tantos los rumores... Hace meses que no dormiría si tuviera que atender cada rumor. El dos de julio, a las cinco de la madrugada, me hizo despertar N. N. para darme todo tipo de seguridades de que una unidad blindada se dirigía hacia aquí. Y así todos los días.

No obstante, Allende no se queda tranquilo con la información que le entrega Brady. A eso de la una interrumpe la discusión sobre el mensaje y telefonea él mismo al director subrogante de Carabineros, general Urrutia, persona cuya lealtad no le ofrece dudas:

—General Urrutia, disculpe que le llame a estas horas. Hay muchos rumores. ¿Qué noticias tiene usted?... Conforme. Tome, no obstante, precauciones especiales esta noche.

El Presidente ha vuelto a tomar asiento en su sillón. El ministro de Defensa le dice:

—Me gustaría avanzar la Junta de Calificación de las Fuerzas Armadas para muy pronto, sin esperar a fines de mes.

Antes de que terminara el mes debía ser relevada una parte de los altos mandos.

De nuevo se abre la puerta. Comunican que ha llegado el mayor Concha, jefe de la Zona de Carabineros donde se encuentra la Presidencia.

Le envía el general Urrutia. Allende sale a conversar con el oficial.

Unos minutos después está de regreso. Briones intenta retomar el problema del acuerdo con la oposición.

—Las proposiciones legislativas

acordadas con la democracia cristiana son de gran importancia...

Augusto Olivares, cada vez más nervioso, se impacienta.

—Sí, sin duda. Pero la gente hoy siente y quiere cosas más inmediatas y materiales. Perdón que cambie de tema, pero estoy muy preocupado por estas noticias de los camiones.

Cerca de las dos de la madrugada, Allende levanta la sesión:

—Vamos a reposar, es muy tarde ya. Mañana nos espera un día duro. Augusto y Juan Enrique, nos vemos aquí mismo a las ocho y media de la mañana.

Minutos después, el teléfono vuelve a sonar. Es Miriam, todavía en La Moneda.

—Presidentes, como a las doce continuaban las llamadas de teléfono avisando que había movilización de tropas desde Los Andes, llamé a Flores (12) a su casa, para que me lo confirmara antes de avisarle a usted. Le pedí que hablara con el comandante en jefe si era necesario. Me dijo que iba a hablar con otras personas, y que yo llamara al subsecretario de Guerra, coronel Valenzuela. Estaba durmiendo, le expliqué lo que pasaba y que averiguara. Media hora después me llamó, comunicando que había hablado con el coronel Ibáñez, que está de guardia en el Estado Mayor, y confirmé que era cierto, pero que no se trataba del regimiento entero, sino sólo de dos compañías que venían a reforzar la guarnición de Santiago, pues mañana será un día crudo. Le pregunté qué quería decir con la palabra «crudo». Explica que mañana se conocerá la resolución de los Tribunales pidiendo el desafuero de la inmunidad parlamentaria de Altamirano y Garretón, y que se espera que se produzcan ocupaciones de caminos y fábricas como reacción. Por lo demás, hay acuartelamiento general hasta las seis de la mañana.

—Gracias, Paya. Dema el número de teléfono del general Brady.

A las 2,30 horas, Allende telefonea de vuelta a su secretaría privada:

—He hablado con Brady (...). Váyase a descansar. Es muy tarde. Mañana será un día largo y duro.

III. El golpe de Estado

6,30 horas. La Marina se ha sublevado.

Minutos antes de las siete volvía a entrar en el gabinete de trabajo de Tomás Moro. Allende está de pie con el teléfono en la mano.

—Se ha sublevado la marinería..., la oficialidad del submarino «Simpson» y la del crucero «Almirante Latorre». La escuadra norteamericana está a la altura de Coquimbo... Seis camiones con tropas de la Marina se dirigían desde Valparaíso hacia Santiago. Los ha detenido Carabineros en la carretera.

(12) Ministro secretario general del Gobierno.

ra. Ninguno de los comandantes en jefe responde al teléfono. Carabineros son los únicos que responden. Están tomando las medidas previstas, ahora salen hacia La Moneda refuerzos. He hablado con el general Brady. Le he dicho que ponga en ejecución las medidas apropiadas, y que si no lo iba a hacer que fuera hombre y me lo dijera. Ahora salen tropas del Ejército de Santiago hacia Valparaíso... El Ejército, allí, ha salido a controlar la ciudad.

—¿Son leales? —pregunto.

—Parece que sí. Pinochet no está en su casa. El general Urbina no contesta, ¿estará detenido?... (13).

La tercera persona presente es Augusto Olivares.

—Presidente, esto y intentando localizar al almirante Montero. ¿Qué le digo si le encuentro?

—Dígale al comandante en jefe de la Armada que vaya a Valparaíso. Que sepa comportarse como un soldado y, si es preciso, que sepa morir con honor (14).

Minutos antes, Letelier había llamado desde su casa a su gabinete en el Ministerio de Defensa. Se encontró con la sorpresa de que le contestaba el almirante Carvajal.

—Buenos días, señor ministro... No sabemos exactamente lo que está pasando... Estamos intentando comunicarnos con Valparaíso. Estoy viendo...

Todavía no se define, aunque forma parte del complot y será designado posteriormente ministro de Defensa y de Asuntos Exteriores.

Letelier transmite esta información al Presidente, quien le indica que acuda a su puesto en el Ministerio de Defensa.

7,15 horas. La Aviación se dispone a atacar las industrias. La guerra civil ha comenzado.

Sugiero acallar las radios de la oposición.

—Augusto, llama a Joignant. El director general de la Policía responde:

—Aquí el Presidente. Se ha sublevado la Armada. Tome medidas para Radio Agricultura, Radio Minería y El Mercurio...

—¿Le digo lo mismo a Carlos Toro? —pregunto.

—Sí, hágalo, y pregúntele qué información ha recibido él.

Telefoneo a Toro, del servicio de seguridad del Partido Comunista.

—Presidente: según Toro, la Fuerza Aérea se dispone a allanar los cordones industriales.

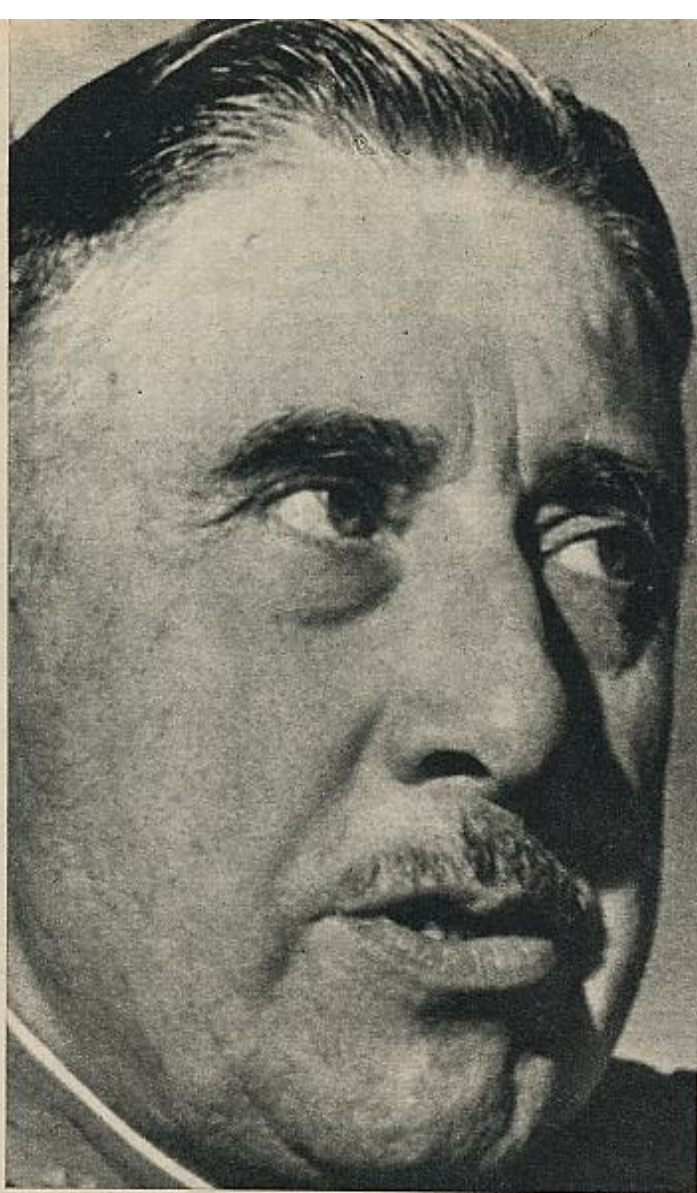
—Si hacen eso es la guerra civil.

La guerra civil. Habíamos llegado a la situación que tanto queríamos evitar. Había que proceder con rapidez y decisión para sofocar el peligro de incendio total. Eran las 7,20 horas. Allende se ha acabado de vestir entre conversaciones telefónicas.

—Vamos a La Moneda. Los tanques de Carabineros, que están

(13) Nombrado jefe del Estado Mayor después del golpe de Estado, fue pasado a retiro en 1974.

(14) En esos momentos, Montero se encontraba ya detenido.



La sorpresa fue el general Pinochet. El hombre «leal hasta sus últimas consecuencias» era el que dirigía el levantamiento. Por primera vez en la historia del Ejército de Chile, su comandante en jefe encabeza una insurrección contra el Presidente de la República.

aquí en la puerta, díganles que se dirijan allí también...

Parte el auto del Presidente, un Fiat 125, seguido de otros tres con la escolta personal y dos camionetas con armas. A toda velocidad se dirigen hacia la avenida Kennedy, bordean la ciudad. Los dos tanques de Carabineros que guardaban Tomás Moro, siguen.

Asegurado por el jefe de la II División y de la guarnición de Santiago que el Ejército se mantiene leal, y por el director general de Carabineros de que éstos se están movilizándose contra la sublevación, la información disponible daba a entender que el Gobierno todavía controlaba la capital y que contaba con los sectores militares decisivos. Tras atravesar la ciudad sin ningún problema, Allende ocupa su puesto en el centro del poder del Estado y símbolo del régimen institucional.

Cuando a las 7,30 horas ingresamos en La Moneda, a su alrededor están desplegándose gran cantidad de Carabineros, y tanques del mismo cuerpo toman posición. Dentro, la Guardia Presidencial se halla igualmente en posición de combate.

Cinco minutos después, el director general de Carabineros, general Sepúlveda Galindo, entra en el gabinete del Presidente. Mientras se saca el cinturón para colgarse la pistola, informa de las medidas que están siendo tomadas. Y parte.

A las 7,40 horas, solo, detrás de su escritorio, Allende continúa telefoneando:

—No responden —me comenta—. Me temo que esta vez están comprometidos todos los comandantes en jefe.

7,45 horas. Llama a Luis Figueroa, presidente de la Central Única de Trabajadores.

—... Se ha sublevado la Marina... la situación está confusa... movilidad, movilidad... Usted, ¿dónde va a estar? Deme el número de teléfono...

En el gabinete hay tres teléfonos comunicados con tres radioemisoras. Están especialmente preparados para que la voz salga directamente al aire. Son las 7,55 horas. Allende toma el auricular de Radio Corporación y pide que le den salida:

«Habla el Presidente de la República desde el palacio de La Moneda. Informaciones confirmadas

señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del Gobierno que está amparado por la ley y la voluntad del ciudadano.

«En estas circunstancias, llamo sobre todo a los trabajadores, que ocupen sus puestos de trabajo, que concurren a sus fábricas, que mantengan calma y serenidad. Hasta este momento, en Santiago no se ha producido ningún movimiento extraordinario de tropas y, según me ha informado el jefe de la guarnición, Santiago estaría acuartelado y normal. En todo caso, yo estoy aquí defendiendo el Gobierno que represento por la voluntad del pueblo.

«Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes, y que eviten provocaciones. Como primera etapa tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido, que es expresión de la voluntad ciudadana, y que cumplirán con la doctrina que prestigia a Chile y le prestigia por el profesionalismo de las Fuerzas Armadas... De todas maneras, el pueblo, y los trabajadores fundamentalmente, deben estar movilizados activamente, pero en sus sitios de trabajo, escuchando el llamado que pueda hacerles y las instrucciones del compañero Presidente de la República».

El diseño de Allende era que en el terreno militar las organizaciones obreras no estaban en condiciones de actuar al margen de las Fuerzas Armadas y de Orden, sino en conexión con éstas. El mensaje radiodifundido está en esa misma línea: corresponde, en primer lugar, a los cuerpos armados del Estado sofocar el amotinamiento que parece localizado en la Marina. Los trabajadores, en caso de insuficiencia de aquéllos, pueden actuar como fuerza acumulativa, pero no supletoria.

A las 8,00 horas llamamos a casa del vicepresidente de la CUT, Rolando Calderón:

—Aló, Rolando, el Presidente... hagan callar las emisoras de derechas y El Mercurio, ocúpese de El Mercurio...

A partir de esa hora empiezan a llegar las primeras autoridades. A las 8,10 horas entra el coronel Valenzuela, subsecretario de Guerra, vestido de civil:

—Vengo del Ministerio de Defensa. He querido entrar y no me han dejado... Está tomado por el Ejército.

Es la primera referencia sobre el Ejército. De Letelier, tras las conversaciones telefónicas desde Tomás Moro, antes de las siete, no supimos más aquel día. Al ingresar en el Ministerio de Defensa fue detenido.

Llega Eduardo Paredes, antiguo director general de Investigaciones:

—Al salir del edificio donde he pasado la noche, me he encontra-

do con el general Magliocchetti, que venía entrando. Nos hemos saludado. La cara de asombro que ha puesto al reconocermelo... (15).

A las 8,15 horas, Allende pronuncia su segunda alocución por radio. El edecán aéreo llama por teléfono.

—Sí..., escucho (...). Dígame al general Von Schowen que el Presidente de Chile no arranca en avión, y que él sepa comportarse como un soldado, que yo sabré cumplir como Presidente de la República. Y usted, ¿qué hace ahí?... Ha ido a informarse. Bien, véngase de inmediato a La Moneda.

Desde el Ministerio de Defensa, el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea ofrece un avión para que Allende abandone el país. No tiene el valor de hacerlo personalmente y ha obligado a ir al Ministerio al ayudante aéreo del Presidente para que transmita el mensaje.

8,20 horas. El general Sepúlveda ingresa de nuevo en el gabinete. Telefona al prefecto jefe de Carabineros de Santiago, general Parada:

—¿Qué información tiene?... Cómo que vamos a ver... (el tono de voz sube). Carabineros ha estado siempre y está donde está el Gobierno. Estamos en la parada hasta el final, ¡pase lo que pase!... y el director general de Carabineros ¡soy yo!...

En el gabinete está sintonizada Radio Agrícola, propiedad de la Sociedad Nacional de antiguos latifundistas. Suena una marcha militar. Sigue otra, y otra. No hay comentarios. El más importante medio de movilización de la oposición aún no sabe qué tiene que decir. Pero es evidente que las órdenes para silenciarla no han sido ejecutadas, ni por la Policía ni por los Sindicatos.

A las 8,30 horas, la música militar es interrumpida por la lectura de un comunicado por un locutor anónimo:

«(...) El Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile (...). La prensa, la radio y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante, de lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre (...). Firma: Junta Militar de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros».

Por la radio comenzamos a saber a qué atenernos. Estos valientes oficiales no se han atrevido a comunicar sus propósitos personalmente, ni siquiera por medio de un teléfono. Por primera vez aparecen los nombres de quienes se responsabilizan de lo que está pasando. Aunque todavía no muestran su rostro ni se oye su voz propia,

(15) De la Fuerza Aérea, había sido designado ministro de Obras Públicas el 16 de agosto anterior. Tras el golpe de Estado fue designado jefe de gabinete del general Leigh, hasta su retiro en 1975.

EN SU NUMERO 10 DE

TIEMPO de HISTORIA

AÑO I

NUM. 10

50 PESETAS

JUDIOS EN LA GUERRA DE ESPAÑA



CADIZ, 1812

EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA

PUBLICA, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES TRABAJOS:

ZEPELIN, LXXV ANIVERSARIO DEL PRIMER DIRIGIBLE RIGIDO, por Josefina Pascual; JUDIOS EN LA GUERRA DE ESPAÑA, por Alberto Fernández; HISTORIA DE JOSE HERMIDA, ARISTOCRATA, ALDEANO Y LIBRE PENSADOR, por J. A. Durán; LA CONSTITUCION DE 1812, por Eduardo de Guzmán, así como la versión íntegra de la obra teatral DE SAN PASCUAL A SAN GIL, de Domingo Miras (Premio Lope de Vega), y las secciones habituales «España 1945», críticas de libros; «Debate» (una nueva carta sobre los criterios expuestos en TIEMPO DE HISTORIA por el historiador Edward Malefakis sobre aspectos de la más reciente historia española)...

ASI CAYO ALLENDE

algunas deducciones pueden hacerse:

— En la Marina y Carabineros ha habido un golpe interno. Los jefes han sido descabezados, pero, ¿con qué eficacia? Por la ventana veo las fuerzas de Carabineros desplegadas protegiendo La Moneda... Y durante varios días, en los cuarteles tendrían lugar choques entre uniformados, fusilamientos y torturas de los que no se plegaban a la insurrección.

— En la Aviación y el Ejército son los propios comandantes en jefe los que integran la denominada Junta. Leigh no tiene mayor misterio, pero la sorpresa es Pinochet. El hombre «leal hasta las últimas consecuencias», el confidente que revelaba las intrigas de los conspiradores, el que con el mayor secreto discutía de las medidas para controlarlos y eliminarlos del servicio activo, era el que dirigía el levantamiento. ¿Y qué ha sido del jefe de la guarnición de Santiago, Brady? ¿También lo han descabezado, o mentía en espera de confirmar de qué lado se decantaba la situación? Horas después, su nombre aparecía al pie de las órdenes de fusilamiento de los abogados, economistas y médicos sobrevivientes del asalto a La Moneda.

Por primera vez en la historia del Ejército de Chile, su comandante en jefe encabeza una insurrección contra el Presidente de la República.

Golpe de mano en Carabineros

El subsecretario de Guerra, coronel Valenzuela, ha invitado a Pinochet a acudir a La Moneda a plantear su posición y evitar la catástrofe. La respuesta es negativa.

A las 8,55, lo único seguro era que el Alto Mando de Carabineros continuaba respaldando al Gobierno, así como que sus unidades continuaban desplegadas alrededor de La Moneda. De pronto, Allende se dirige a la ventana, mira y la abre. Se oye ruido de motores. Se asoma y mira en todas direcciones. Un centenar de personas que está cerca lo percibe y lo aplaude. Saluda un instante y se vuelve rápido.

—Que venga el general Sepúlveda —que se hallaba en la sala contigua.

—General, ¿por qué se retiran las tropas de Carabineros, los tanques y los obuses?

Sepúlveda mira a su vez.

—No sé, voy a informarme.

Las 9,00: El Gobierno ha sido derrocado

Momentos después regresa el director general.

—Presidente, me informan que se ha tomado la central de telecomunicaciones de Carabineros. Y las unidades reciben las órdenes

por radio desde allí (...). El Alto Mando está aislado...

—Mande hombres que recuperen el centro de comunicaciones.

—No tengo, Presidente. Sólo cuento con los que están en la Dirección General (a 500 metros de La Moneda).

—¿Cuántos son?

—Cincuenta más los oficiales.

—Dígame que ingresen de inmediato aquí.

Definitivamente, la oficialidad no «putschista» se hallaba sobrepasada. Los tres edecanes, que han llegado mientras tanto, piden reunirse con el Presidente. Los comandantes Grez y Badiola, de la Marina y el Ejército, respectivamente, toman la palabra.

—... las Fuerzas Armadas le piden que entregue el mando. Usted debe salvar su vida, no tiene otra alternativa...

La respuesta fue escueta:

—Comandantes, si así lo desean vayan junto a sus instituciones. Quedan en libertad de acción. Yo me quedo aquí.

A las 9 pregunto a Allende de qué información precisa dispone, ¿no cuenta con algún regimiento leal?

—Ni un solo regimiento, Juan Enrique.

La presencia del comandante en jefe del Ejército al frente de la sublevación, significaba que el sector democrático de aquél estaba incapacitado de oponerse al «putsch». El nivel de disciplina de las instituciones armadas y sus características socio-políticas impedían a los trabajadores dividir «horizontalmente» a las Fuerzas Armadas, al margen de su jerarquía. A las 8,30, cuando conoció la real posición del comandante en jefe, Allende tuvo la certeza de que no podría contar con el Ejército a menos que éste se viera resistido por fuerzas leales el tiempo necesario para permitir a la oficialidad, suboficialidad y tropa anti-«putschista» resistir las órdenes de la autoproclamada Junta Militar, permitiendo a las organizaciones obreras incorporarse. Esta hipótesis todavía no se podía excluir entre las 8,30 y las 9. El golpe interno en Carabineros obligaba a abandonarla definitivamente, dado el contexto en que nos encontrábamos. Ningún partido ni organización popular, sin excepción, estaba en condiciones de hacer frente a la situación militar. Ni aislada ni conjuntamente, las estructuras del movimiento popular no estaban en condiciones de responder a la agresión.

El Gobierno había perdido el respaldo de los cuerpos armados del Estado. Este acababa de desmoronarse. La fuerza física emergía como sola instancia de poder. El poder de fundamento democrático, encuadrado dentro de un Estado de Derecho, estaba derrumbado.

Poco después de las 9, en su cuarta alocución radiofónica, Allende fijó su posición. Los recursos que durante tres años le ha-



A las 7,30 de la mañana, tanques del Cuerpo de Carabineros rodeaban ya el palacio de La Moneda. Los Carabineros fueron los últimos en sumarse a la Insurrección.

bien permitido contener a los sectores internos y extranjeros interesados en hacer estallar la guerra, acababan de desaparecer. En cuanto Jefe del Estado, sólo le restaba interponer el valor moral de su persona.

«Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a este país. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra, rota la doctrina de las Fuerzas Armadas».

La muerte aceptada como afirmación de la razón de vivir:

«En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un Presidente que tiene la dignidad del cargo. (...) El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar ni dejarse masacrar. Pero también debe defender sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor...».

Entran en el gabinete los generales Urrutia y Alvarez, procedentes de la Dirección General de Carabineros. Sus rostros exteriorizan desconcierto.

—Se les madrugó Mendoza —les dice Allende a modo de saludo.

Sepúlveda procura responder a los interrogantes de sus generales:

—...deberían portarse como hombres. Lo que tengan que decir, tendrían que venir y plantearlo al Presidente cara a cara. No enviándole las tropas. Hay que ser hombres, en estas cosas...

A las 9,10, Allende intenta una nueva intervención por radio. Radio Corporación ha sido bombardeada, la antena de Radio Popular ha saltado. Sólo le resta una emisora, Radio Magallanes. Es su quinta y última alocución:

«... ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente...».

Las ventanas están cerradas. En la semipenumbra, unas veinte personas escuchan, con emoción, este mensaje de despedida. En el exterior, los aviones hacen vuelos rasantes de intimidación. Son cerca de las 9,30.

—En dos minutos más seremos atacados.

Allende sale del gabinete a revisar la defensa del sólido edificio del siglo XVIII. Se oyen los primeros disparos, sucesivamente de ametralladoras, artillería pesada y

tanques. Desde el interior responden algunos fusiles y metralletas.

La razón de un combate

La resistencia en La Moneda tenía un sentido político más que militar. Tras la primera hora de intercambio de fuego, llegó la noticia de que la Aviación había bombardeado la residencia de Tomás Moro. Las emisoras de radio anunciaron un ultimátum: la Aviación tenía orden de bombardear también La Moneda a las 11. Allende, ante esta advertencia, resolvió reducir el número de víctimas y dejó en libertad de acción a la Guardia Presidencial de Carabineros, quienes partieron en su integridad, así como los generales Urrutia y Alvarez. El director general, Sepúlveda Galindo, fue el último militar en abandonar el recinto, media hora después de haber recibido la orden y apenas unos minutos antes de que cayeran las primeras bombas de los «Hawker Hunter».

Antes de la llegada de la escuadrilla aérea, un cruce de líneas telefónicas permitió a Allende escuchar la voz del general Baeza (16), jefe de las operaciones en el centro de Santiago.

—...de los de La Moneda no

(16) Designado después del 11 de septiembre director general de Investigaciones.

debe quedar rastro, en especial de Allende, hay que exterminarlos como baratas (cucarachas)...; el objetivo debe ser destruido por tierra y aire...

La oficialidad de extrema derecha empezaba a desplazar a la centrista que había iniciado el golpe.

Dentro del palacio quedaban unos cincuenta civiles. De ellos, unos quince militantes del Partido Socialista y seis agentes de la Policía que pertenecían todos a la escolta personal del Presidente. Veintiún hombres de armas era todo el efectivo de combate contra el que se enviaban infantería, carros blindados y cazabombarderos. El desenlace era vislumbrado por todos. El resto de los presentes era el equipo de colaboradores directos del Presidente. La sensación de muerte embargaba el ánimo de cada cual. Minutos antes del bombardeo, Allende reunió a su equipo en el jardín de invierno. Se encontraban allí voluntariamente, y debían decidir lo que hacer. El abogado Arsenio Poupin, subsecretario general de Gobierno, señaló:

—Nuestra obligación es quedarnos aquí.

Los restantes contestaron de modo semejante. Dos periodistas, un economista, cuatro médicos, un sociólogo, un psicólogo, cuatro ministros, etcétera. Olivares murió durante el combate. El resto fue detenido y dos días después morían torturados en el regimiento Tacna la mitad de ellos. Apenas algunos lograron escapar de entre los dedos de los asaltantes.

A la misma hora, el Comité Político de la Unidad Popular celebraba una reunión en la Industria Sumar. Su conclusión empezó a circular a las 11,30: no ofrecer resistencia, los trabajadores debían abandonar los centros de trabajo y retornar a sus casas.

A las 12,20, tras el paso una otra vez de cuatro «Hawker-Hunter» lanzando rockets, La Moneda ardía por todos los costados. En el interior, el aire tóxico y el humo dificultaban la respiración. Se distribuyeron las pocas máscaras antigás disponibles, y sus ocupantes retornaron a sus puestos. Tropas de Infantería, comandadas por el general Palacios, iniciaban el asalto mientras los tanques disparaban sobre las ventanas del primer piso. Las dos docenas de civiles lograron resistir una hora más, en medio de las llamas y del derrumbe de techos y pisos. Hacia las 13,30, los primeros soldados entraban en el ala donde se habían concentrado los supervivientes, la de la calle Morandé. El gabinete presidencial, la sala del Consejo de Ministros, la secretaria privada, eran pasto del fuego. Poco antes de las dos de la tarde, moría Allende. Tenía entre las manos el fusil con que había combatido.

La última barrera que se oponía al desbordamiento de la violencia acaba de caer. ■ J. E. G.